

las telarañas de algunos riesgosos juicios personales que sin embargo no logran invalidar la unidad y la jerarquía de la obra, nos queda Vinoba como el excelente testimonio de una circunstancias, de una vida; como una ventana abierta a otras soluciones, quizás como un toque de alarma a nuestra seguridad occidental.

Esther M. Smud

JULIÁN MARIÁS: Ensayos de convivencia, Buenos Aires, Sudamericana, 1955.

Llegó recientemente a nuestras librerías el volumen de los "Ensayos de teoría", editado en España. Que Mariás haya establecido, en los trabajos breves escritos en los últimos años, la distinción entre lo que importa a la "convivencia" y lo que se refiere a la "teoría", puede dar una idea del alcance de estos artículos en la intención del autor. No significa, por supuesto, que la teoría nada tiene que ver con la convivencia, pero sí que los ensayos de teoría pretenden una profundización austera de sus temas —más estrictamente filosóficos— y los de convivencia se limitan a perseguir precisiones generales sobre ciertos problemas, dentro de una temática más amplia. Pero ¿qué entiende Mariás en definitiva, por "convivencia" y por "ensayo"? Porque esta distinción, si bien permite aclarar la intención general de los trabajos, no exime al autor de ciertas elementales responsabilidades.

Los de convivencia son ensayos muy breves distribuidos en cinco partes: "Misión del pensamiento", "Palabras", "Vida pública, vida privada", "Negro sobre blanco" y "Las Españas".

La primera parte agrupa diez ensayos. Dejo de lado los tres últi-

mos, que son ejemplos extremos del mal de superficialidad que aqueja a todo el libro. Los demás abordan: los dos primeros, el fenómeno contemporánea de la angustia y la inseguridad; otros cuatro reiteran los problemas religiosos de Mariás; en fin, hay uno en torno a Morente.

Se pueden plantear ciertas cuestiones generales de especial interés, pero en las cuales es imposible calar hondo en una nota bibliográfica. Me atreveré a señalar algunos aspectos, sin embargo.

Anto todo, importa tener en cuenta la relación de Mariás con su maestro, y en este sentido, puede ser muy útil considerar la relación persiguiendo el desarrollo de la temática orteguiana. Pero esto, no tanto para aclarar la personalidad de Mariás, cuanto para hacer frente a la cuestión de la razón vital. Ortega no es un pensador sistemático —diga lo que quiera Mariás. O mejor: es sistemático en la medida en que Mariás lo ha sistematizado hasta el momento; es sistemático el Ortega de Mariás. Este ha puesto en funcionamiento, ha aplicado a ciertos temas, las ideas orteguianas. Podemos preguntarnos, con intención muy empírica, si estas aplicaciones no pueden servirnos para estructurar una crítica del método de la razón vital, apoyada en los resultados que se han obtenido apresando en dicho método diversas realidades. Es decir: podemos ubicarnos en un plano metafísico y ontológico para hablar de la razón vital. Pero además, podemos analizar empíricamente si las realidades a que la razón vital *metodizada* se ha aplicado, han sido asimiladas o han resistido a la investigación.

Porque —en la primera parte del libro— tanto el fenómeno de la crisis contemporánea, como el de la fe y la razón o el del catolicismo español, parecen resbalsarse de

las manos "vitales" de Marías. No bastan observaciones filológicas más o menos ingeniosas para ubicar la angustia. Es cierto que en el lenguaje, en la utilización de ciertos vocablos, la caída en desuso de otros, hay un reflejo de los fenómenos sociales. Pero el problema no se agota allí. Y cuando el lector espera una ofensiva seria y ordenada, encuentra o que el ensayo ha terminado, o que sólo resta algún párrafo insuficiente, decepcionante. Además, del modo en que Marías caracteriza la crisis contemporánea se desprende que ésta posee los rasgos de una **vigencia** (en el sentido técnico orteguiano). Y la elaboración intelectual de la angustia nunca puede dar razón de la misma.

Las observaciones etimológicas o lingüísticas son del gusto de Marías. Lo prueba la segunda parte del libro, "Palabras", que en su casi totalidad nos parece francamente inútil.

El problema es más serio en la tercera parte. Si no entiendo la razón de escribir cosas superficiales acerca de los viajes en avión, los nombres de la angustia o los nombres de las películas, menos entiendo el motivo que puede llevar a escribir inútilmente (o **confusamente**) sobre los problemas sociales o sobre la política. Sólo los tres primeros ensayos de la sección "Vida pública, vida privada", dan la **impresión** de referirse a problemas sociales (los demás retoman la temática intrascendente). Entiéndase —y esto es lo grave—: se habla allí de vida pública, de política, de sociedad, hasta se nombra en alguna parte al "proletariado". Y todo en un tono superficial, ligero, irresponsable, que no es posible aceptar sin más. A la política se la identifica con la radio y la propaganda y se la contrapone a la "vida familiar" o a la "intimidad".

Se habla de saludable desconfianza frente a la revolución social. Se insiste en el "hastío de la vida pública". Y todo en el vacío, de una manera confusa, ignorando o queriendo ignorar la gravedad de los problemas, como si las cosas fueran tan fáciles, tan claras, tan amables y llevaderas sobre todo, que bastasen unas rápidas carillas para resolverlas. Dice Marías: "¿Cómo son, qué creen, qué piensan, qué desean los obreros? Si somos sinceros tendremos que confesar que lo ignoramos". Es fácil comprobar que no parece inquietarse mucho por averiguarlo.

Me limito a creer que todo esto demuestra sólo irresponsabilidad. Queden por ahora en suspenso algunos párrafos un poco desconcertantes.

La cuarta parte, "Negro sobre blanco", contiene catorce ensayos. Entre los que son más estrictamente de crítica literaria, hay algunos de interés: "Ensayo y novela", "Camino hacia la novela", "Guerra en la paz", "La pertinencia de «El curioso importenente»".

El problema de la novela —su modo auténtico, su sentido, sus límites con el ensayo— interesan a Marías y no sólo desde el punto de vista literario. Busca la concreción de la verdadera novela en la literatura contemporánea, con intereses filosóficos. Recuérdese el sentido histórico de la razón vital y podrá hallarse el punto de encuentro con este tema: la razón, en tanto evita racionalizarse, en tanto se circunstancializa y se vuelve vital, es necesariamente histórica, que es lo mismo que decir **narrativa**. La razón vital narra, relata, hace historia, porque su objeto es la vida misma —radical novela. La conexión es rica en consecuencias (si bien no es nueva, como no lo son ni la novela ni el teatro con sentido metafísico). Y téngase en cuen-

ta que no se trata aquí de hallazgos a nivel metafísico, conformados después por el filósofo en acción dramática, sino que el **nivel metafísico mismo es constitutivamente dramático**, porque se ubica en la vida humana, punto de referencia inexcusable de toda objetividad.

El ensayo más importante del libro es el "Escorzo del romanticismo", colocado en la cuarta parte. Los puntos claves de la interpretación de Marías me parecen: primero, la comprensión del fenómeno romántico como **modo de ser del hombre**, más allá de lo literario, lo filosófico, lo político, etc. No como posibilidad de ser que podría reiterarse en diversas épocas, sino en el sentido en que la filosofía de la razón vital entiende los modos de ser: concretados en épocas históricas señalables —en este caso entre 1800 y 1850. Segundo: la aplicación al fenómeno romántico del método de las generaciones.

(Es claro entonces que valorar a fondo este ensayo, equivale a plantear en su raíz los problemas últimos del perspectivismo orteguiano. Conviene distinguir el conjunto de los supuestos básicos y los esquemas en que se basa la idea de la razón vital —incluida aquí la idea del método histórico—, del modo concreto en que Marías ha metodizado la razón vital y ha entendido el método histórico y la localización de las generaciones. En este trabajo sobre el romanticismo, resalta muy bien la idea central de **vigencia**, fundamental concepto explicativo que tal vez sea el menos claro y menos explicado de la teoría y uno de sus puntos cuestionables. El concepto de vigencia es el que da razón de todo el sistema. Pero de

ningún modo es producto de una intuición directa, para que pueda prescindirse de dar razón de él mismo).

Estos problemas también desbordan la nota bibliográfica. En una consideración más inmediata, el ensayo ordena ciertas cosas y brinda una visión clara de cómo se coloca el romanticismo español en el conjunto.

La quinta sección agrupa los artículos sobre temas americanos. En "Raza" y "El Cuzco en tres tiempos", las cosas se le siguen resbalando de las manos. "El Perú sin los españoles" es otro conato —como antes "Valverde de Lucerna"— de estampa literaria. Y aquí el fracaso es completo, porque Marías carece de dimensión literaria.

Un poco más precisos son los ensayos sobre la forma política de los países sudamericanos. Marías entiende por nación un **modo de ser social** que tuvo lugar sólo en Europa y en épocas muy determinadas. De allí que los países de Sud América no sean en su concepto naciones. Lo cual no significa —se apresura a agregar Marías— que sean **menos** que naciones, sino simplemente otra cosa.

Son cincuenta y tres los artículos del libro. Y aunque todo libro de ensayos es necesariamente dispar, no es injusta en este caso una impresión de conjunto. Salvo las excepciones anotadas en cada caso, muchos temas sólo están enunciados; los pocos análisis que se inician se vuelven impotentes en cierto punto de la marcha y se desintegran en observaciones a veces ingeniosas pero generalmente accidentales. Resultan, en definitiva, ensayos confusos de una convivencia superficial.

Ernesto Veron Thirion.